



César López Zarragoitia

CÉSAR, mi Maestro

(II)

César López es la única persona que he conocido que una vez cobrado el salario sale recto a comprar libros. Acostumbrado yo a que el dinero se usaba en Cuba para comprar ropa y comida, esos viajes a la librería La Moderna Poesía eran para mi increíbles. Lo acompañé muchas veces y lo vi comprar ocho, diez libros de una vez. A veces leía dos y tres libros al mismo tiempo. Si mal no recuerdo era graduado de filología de la Universidad de La Habana. Siempre usaba la camisa por dentro del pantalón.

Asombraba ese hombre por su capacidad de trabajo. Me confesó que era incapaz de dedicarse a una sola tarea. Tenía que diversificar su energía. Así, acompañaba a cantantes e instrumentistas, daba clases de piano en varias escuelas, tenía alumnos privados, a quienes no cobraba (recuerdo a un joven ciego, que se llamaba Lucio), hacía recitales solo y de música de cámara, escribía artículos para la revista Clave, administraba la Orquesta Sinfónica Nacional, organizaba festivales de música, dirigía cátedras, estrenaba obras contemporáneas, en fin, incansable.

Su primera vista es legendaria. Me dijo que la desarrolló desde muy joven por tener poco acceso a grabaciones en discos. Para conocer las obras tenía que comprar las partituras y leer la música, y esas partituras no se limitaban al repertorio de piano solo. Incluían música coral, de cámara y sinfónica. Aprendió así a leer en cualquier clave. Era capaz de transportar cualquier obra de una ojeada. Acompañaba lo mismo el repertorio de violín que el de trombón, con la misma excelencia. Intuyo que poseía un excelente oído y una extraordinaria memoria musical, lo que le permitía, al leer, ir deduciendo lo que vendría, ir recordando lo que vendría, facilitando así la fluidez de la lectura: un don.

“Obedecer la música”. Ella te dicta el tempo, el sonido, el fraseo etc. La primera ley es servir a la música. No decía servir al compositor, sino a la música. Se hace lo que haya que hacer para que la música suene como ha sido intencionada y suene lo más natural posible, sin rebuscamientos, sin carencias, sin excesos. La voz, el canto, es siempre la mejor referencia para organizar el fraseo.

La información debe ser minuciosamente comprendida y profundamente asimilada, de modo que al reproducirla, al tocar, se exprese como naturaleza, de modo orgánico. Es decir, tocar como si no hubiera sido aprendido, sino como si fuera natural.

No escuchar grabaciones de la obra que se va a aprender hasta no tener un concepto claro de lo que quieres hacer con la interpretación. Es imprescindible tener tu propia visión de la obra desde el texto. En la partitura está todo. Luego puedes escuchar grabaciones y comparar y tomar y desechar.

Le daba mucha importancia al gesto. Dedicaba tiempo a que se comprendiera el gesto correcto para cada resultado sonoro. A veces, durante la clase, yo iba a empezar a tocar y antes que mis dedos hicieran contacto con las teclas me hacía detener. Yo no comprendía cómo sin haber tocado él ya sabía que sería errado lo que haría. Hoy comprendo que viendo el gesto se puede imaginar el sonido.

La música no comienza al tocar el piano sino en la mente. Se escucha interiormente el sonido que se quiere producir y luego se ejecuta.

Me maravillaba con la eficacia que me resolvía algunos problemas técnicos (aunque solía decir que en la raíz de casi todo problema técnico hay en esencia un error musical). Yo pasaba la semana entera tratando de solucionar algún pasaje, sin éxito. El día de la clase, él, luego de escucharlo me

decía simplemente: “haz un movimiento circular con la muñeca”, o “ baja la muñeca”, o “separa un poco el codo del torso”, o “acentúa la tercera nota” y al instante el pasaje sonaba perfecto.

A veces me hacía aprender obras que estaban más allá de mi capacidad intelectual y hasta de mis posibilidades técnicas. Eran obras que trabajábamos sin la intención de tocarlas en público ni en exámenes. La trabajábamos paralelas al programa oficial. Hoy comprendo el impacto que tiene en la mente el solo hecho de intentar entender la complejidad, el solo hecho de asomarse a algo superior y tratar de decifrarlo. Recuerdo particularmente la Sonata no. 6 op. 62 de Scriabin. Yo tenía a penas 17 años.

Me estaba prohibida la palabra “difícil” para referirme a ciertas obras. Insistía en la correcta actitud mental ante cualquier cosa: si crees que te enfrentarás a un monstruo, te paralizarán los miedos y hasta el desaliento. Prefería que, dado el caso, lo tomara como una obra que requiere más trabajo y por ello, tomará más tiempo. Punto.

No solo placerse de la música que se produce sino también encontrar placer físico del contacto de los dedos con las teclas.

No era muy amigo de expresarse con el cuerpo al tocar. Prefería que el torso permaneciera lo más estable posible. La sobriedad permitiría mejor control del proceso y no distraería de la música, que es lo esencial.

Me enseñó a escuchar los silencios en la música, a expresar con ellos las emociones que contienen.

Insistió en que me leyera cuidadosamente los libros de Konstantín Stanislavski sobre técnicas y métodos de actuación.

César Pérez Sentenat fue su maestro.

Dos anécdotas:

Saliendo un día de la Escuela, unos trabajadores, colegas, que tomaban ron sentados a la orilla de la calle lo llaman y lo invitan a un trago. Él se les acerca amable, les agradece, y declina el ofrecimiento. Al alejarse, los hombres le lanzan unas groserías, casi insultos y César me dice: "...lo que el alcohol les hace a esa pobre gente..." Y lo dijo con tanto dolor, con tal compasión, que mi ira se apagó al instante.

Desbordado de orgullo, yo, un día al escucharlo tocar para el público le digo que debiera tocar más, que a la gente le encanta escucharle, que muchos me lo han dicho... y me dice él, con pudor: "...Gustavo, no es correcto prodigarse así."

Después de su muerte, durante seis años seguidos yo estuve soñando el mismo sueño: Nos encontrábamos accidentalmente en una calle, o en su casa. Comprobar que no había muerto me llenaba de alegría y de paz. Me decía que en realidad nunca murió sino que quiso apartarse del ojo público. A veces, en mis sueños, aún me aconseja.